

I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile, 1985.

El estudio del folklore como cultura.

Manuel Danneman.

Cita:

Manuel Danneman (1985). *El estudio del folklore como cultura. I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/i.congreso.chileno.de.antropologia/17>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ektb/gDn>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL ESTUDIO DEL FOLKLORE COMO CULTURA

Manuel Danneman

Desde su aparición, hace ciento treinta y nueve años, hasta ahora, el vocablo folklóre, propuesto por el arqueólogo inglés William John Thoms, más que cualquier otro de los provenientes de las Ciencias Sociales y de las Humanidades, ha sido objeto de numerosas y discrepantes puntualizaciones, que, las más de las veces, muestran la inconsistencia de sus fundamentos. Por otra parte, resalta la actitud displicente, a menudo peyorativa, que respecto de un presunto contenido de él, asumen muchos intelectuales y el grueso público.

Los antropólogos en general, de un modo muy ostensible casi todos los chilenos, han subestimado o ignorado los estudios que conciernen al folklóre, con notable carencia de amplitud científica y de sentido de comparación de los campos de las disciplinas antropológicas. No obstante, destacadas obras de la antropología y de la etnología han utilizado con fruición materiales llamados folklóricos por los autores de ellas, entre los cuales puede citarse a Melville Herskovits. Y conviene recordar que el iniciador de las actividades de la American Folklore Society de Estados Unidos, el año 1888, fue el eminente Franz Boas, institución que mantiene hasta hoy una vigorosa e ininterrumplida productividad, comprobable a través de su revista, *Journal of American Folklore*. Pero también debe reconocerse la ligereza y la fragilidad con que se han referido al folklóre celebridades de la fama de Claude Levi-Strauss (1968: 323).

Pese a todo, hay universidades que poseen cátedras y seminarios de folklóre, entre otras, la de Bonn, la de Columbia, la de Buenos Aires, la Universidad de Chile, ésta por medio del Seminario Interdepartamental de Folklore como Cultura, de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, y algunas, como la de Indiana, Bloomington, USA., otorgan el doctorado en Filosofía con mención en Folklore. Así continúa una tradición académica iniciada en Londres, a mediados del siglo XIX por Frazer, Lang, Tylor, padres de la Antropología Social.

Es honesto aceptar que la desmedrada situación en la cual se encuentra el estudio del huido folklóre en el gran panorama del conocimiento científico de nuestros días, obedece, en fuerte medida, a los excesos del coleccionismo de materiales y al predominio descriptivista de estos, que muestra la mayoría de sus trabajos publicados, desprovista además, de referentes teóricos operantes; si bien varios de dichos trabajos poseen valiosos alcances etnológicos, que se desprenden de sus múltiples citas comparativas.

Súmase a estas dos causas, el gigantesco uso que se ha hecho del folklore con fines de espectáculos, por lo común musicales y coreográficos, pocos de los cuales lo difunden con respeto y con adecuada capacidad de proyección; pero la resonancia pública de ellos es tan poderosa que esconde, que tapa, por así decirlo, los esfuerzos sistemáticos que se desarrollan en el plano de las investigaciones folklóricas, dejándolos inadvertidos para el hombre común y para quienes se dedican a otras ciencias, con excepción de los muy bien informados.

Antes de hablarse de folklore se emplearon las locuciones "antigüedades vulgares" y "tradiciones populares", durante los siglos XVIII y XIX, hasta que ese término, de origen anglosajón, consiguió imponerse en países de lengua inglesa y de lenguas románicas, con un significado tan extenso y vago como el de las denominaciones antecesoras; sin embargo, la segunda de ellas es aún la prioritaria para referirse y caracterizar a los hechos folklóricos, pese a que sus tenaces sostenedores no han podido demostrar, hasta ahora, qué diferencias tiene lo popular y lo tradicional en el caso de esos hechos folklóricos que califican de tales, con los mismos dos atributos cuando ellos se evidencian en bienes culturales que consideran no folklóricos.

Por la vía de esta nomenclatura y de las nociones que contiene, las espuelas que usa un campesino de oficio ecuestre, prosiguiendo una tradición popular oralmente transmitida, de cuyo iniciador se desconoce el nombre, serían folklóricas; pero, paradójicamente, no la cuchara, utilizada por ese mismo campesino como un utensilio popular para ingerir alimentos, después de un aprendizaje tradicional oral de su práctica y sin que influya para nada el anonimato de su inventor.

De esta ejemplificación y de innumerables otras, se infiere que es imprescindible hallar otro u otros factores que distingan una conducta o una expresión folklórica de las no folklóricas.

El estudio especializado y sistemático del folklore empieza como un interés histórico-filológico por géneros de transmisión oral, predominantemente el cuento, la leyenda, la poesía cantada y relatada, con énfasis en su condición genética y fáctica (Cochiara, 1954); no como una investigación sobre el comportamiento del hombre respecto de estos productos culturales: de sus procesos de comunicación, de su función, de su índole de pertenencia, de su interrelación con otras conductas. De este modo surgió la llamada doctrina clásica del folklore, que logró una débil y efímera existencia teórica, mientras su alcance explicativo estuvo limitado al ámbito de los géneros señalados y, por lo tanto, mientras pudo meter un vasto ejemplario de ellos en el zapato chino de los requisitos que exigiera, para el otorgamiento de la calidad folklórica: ser anónimo, oral, popular y tradicional, los dos últimos ya examinados.

Pero cuando se comprobó que no todas las expresiones de los géneros en principio elegidos cumplían con estos requisitos y, más aún, cuando sucesivos estudios ampliaron el objeto-materia de la disciplina del folklore, reduciendo en mayor grado la aplicabilidad de esas cuatro drásticas normas o haciéndolas simplemente ineficaces, esa condicionada y precaria teoría comenzó a desmoronarse y dejó de ser científicamente válida; por lo que resulta asombroso que ella, cincuenta años después de su caída, tenga una vigencia tan obstinada, comprobable, por ejemplo, en casi todas las colaboraciones que constituyen el compendio de **Teorías del Folklore en América latina** (Dannemann, M. et al, 1975).

Después de las primeras tentativas por encontrar el contenido autónomo del folklore, por procurar que él fuese el campo de investigación de una disciplina diferente de la Filología, de la Geografía Humana, de la Historia, de la Psicología Social Comparada, como ya lo propusiera Riehl el año 1858; el segundo momento crucial de su existencia se produce cuando se plantea su posición en la realidad de la cultura, como se observa en las formulaciones de Foster (1953) y de Weiss (1946) cuando referirse a la cultura folklórica implica otra dimensión y otro significado del problema. Pero, si por una parte, esta apertura pone al folklore en su legítimo espacio humano, en su verdadero mundo empírico; por otra, lo convierte en codiciado terreno para algunos estudiosos de la Etnología Europea, como se colige de las comunicaciones presentadas al I Congreso Internacional de esa ciencia, celebrado en París el año 1971 (1), y de los artículos de la revista *Ethnologia Europaea*; así también se observa gran interés por esta línea de investigación en la Antropología Cultural de América, como se desprende de trabajos publicados en *Current Anthropology*.

Puede afirmarse, entonces, que el estudio del folklore sigue hoy dos grandes direcciones: una no antropológica, cosalista, es cuanto a que se ocupa de bienes o cosas sujetos a una rígida peculiarización descriptiva, y determinista respecto de qué elemento humano puede comportarse folklóricamente; la cual, en consecuencia, cae en la falacia de romper la unidad cultural hombre-comportamiento-bienes, e implanta un insostenible etnocentrismo; como continuadora de la doctrina antes impugnada, cuyos particulares factores ideológicos he criticado, pienso que con más énfasis que nadie, en mi artículo denominado *La cultura de la Simetría. El Viejo Thoms y el Nuevo Folklore* (Dannemann, 1983).

La otra dirección es preponderantemente antropológica, pero a su vez, se divide en dos líneas: la que pretende diferenciar la cultura folklórica de la general, aquella como una clase de conducta que tendría su propia funcionalidad y condición social, como una especie de subcultura, que entre otras alternativas, correspondería a los niveles subalternos de una sociedad estratificada, según Lombardi Satriani (1975).

La segunda línea no apunta a una diferenciación cultural, sino que a una

situación de medida de intensidad funcional y de sus consecuentes efectos sociales, en el ámbito cultural de cualquier grupo. En términos funcionales y para corroborar lo indicado, la cultura folklórica cumpliría los mismos fines que la otra o las otras con las cuales coexiste, sin emanciparse de la macrotradición a la cual pertenece. De este modo se entendería el folklore "como un grado, como un nivel de la cultura general, el más alto, el más intenso, de ésta, en cuanto a sus funciones de identidad, de cohesión social, de pertenencia recíproca, del uso de los bienes que un grupo comunitariamente ha hecho suyos, y de comunicación directa e inmediata de ese uso" (Dannemann, M., 1984: 30).

Este eminente grado de profundidad funcional impulsa y concreta la constitución de la que he llamado **comunidad folklórica**, la comunidad por excelencia, que como ninguna otra, posee medios de coparticipación y de interacción para que todos o una parte de los integrantes de una sociedad alcancen una auténtica homogeneidad y unión cultural y social en su más completa y fuerte manifestación (Dannemann 1976: 31-35).

En cualquier grupo, mediante un método de contrastación basado sobre una acuciosa observación y una repetida experimentación, desarrolladas con técnicas etnográficas de probada eficacia, se podría medir la intensidad de la pertenencia, de la comunicación y de sus resultados cohesionadores e identificadores, concernientes a bienes y comportamientos que provean las mismas funciones primarias. Así, en lugar de separar conductas folklóricas de conductas no folklóricas, sería quizás más admisible, más concordante con la realidad humana de ser, tratar de comprobar hasta dónde, insistiendo en lo ya dicho, en una serie de conductas concurrentes para resolver un mismo requerimiento funcional, una o más de una, las folklóricas, alcanzan una pertenencia comunitaria recíproca de bienes culturales, en el marco de la propia especificidad local de sus usuarios, del más alto grado de cohesión social y de la mayor fuerza de identidad cultural en la tradición de un grupo, en el cual se constituye una comunidad folklórica cada vez que se produce la instancia de dicha clase de comportamiento, comunidad compuesta sólo por quienes conocen y deciden poner en práctica un comportamiento que, de la manera como queda resumida, intenta llegar a un fin.

Con tal esbozo de un concepto de folklore, vuelvo a mi proposición de considerar primordialmente el folklore como una versión de la cultura, no como una clase de cultura o una subcultura, en sentido estricto.

Entre otras posibilidades, para avanzar en el estudio de esta área de su conocimiento, está la investigación de su acción simbólica en el universo de la cultura, pero con una actitud que evite las meras especulaciones sobre un simbolismo a menudo diseñado e interpretado antojadizamente por algunos antropólogos entusiastas, que se preocupe honestamente de descubrir la realidad de las conductas folklóricas en sus respectivos eventos y en

la especificidad de cada grupo, contribuyendo así al progreso de la teoría de la cultura.

NOTAS

- 1.- No editadas en su conjunto, sino que algunas, por separado, aparecidas en distintos órganos de difusión científica,

BIBLIOGRAFIA

Cochiara, Giuseppe:

1954 *Storia del Folklore in Europa*, 2ª ed., E.C.E., Torino.

Dannemann, Manuel, et al:

1975 *Teorías del Folklore en América Latina*. Biblioteca INIDEL I., CONAC., Talleres Italgráfica, Caracas.

Dannemann, Manuel:

1976 *La disciplina del folklore en Chile*. En: *Archivos del folklore chileno Santiago*, fascículo Nº 10.1983 *La cultura de la simetría. El viejo Thoms y el nuevo folklore*. *Aisthesis Santiago*, Nº 15, pp. 29-36.1984 *El folklore como cultura*. En: *Revista Chilena de Humanidades*, Santiago Nº 6, pp. 29-37.

Foster, George:

1953 *¿Qué es la cultura folk?*, *Ciencias Sociales*, Vol. IV, Nº 22, Washington.

Herskovits, Melville:

1952 *El hombre y sus obras*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.

Levi-Strauss, Claude:

1968 *Antropología estructural*, Editorial de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Lombardi Satriani, L.M.:

1975 *Antropología cultural*. En: *Análisis de la cultura subalterna*. Ed. Galerna, Buenos Aires.

Riehl, Wilhelm:

1958 *Die Volkskunde als. Wissenschaft*, in *Volkskunde*, Gerhard Lutz (Herausg.), Erich Schmidt Verlag, Berlin.

Thoms, W.J.:

1846 *Folklore*. The Atheneum London Nº 982, pp. 862-863.

Weiss, Richard:

1946

Volkskunde der Schweiz, Eugen Rentsch Verlag, Erlenbach, Zürich.